

LIBRO OCTAVO.

El rey trata de afirmarse.—Medios de que se vale.—Primeras reuniones de los patriotas republicanos.—Madama Roland es el centro de estas reuniones.—Su retrato.—Su vida.—Su casamiento.—La Platiere.—Descripción.—Mr. y Mme. Roland en Paris.—Relaciones de éstos con los hombres del partido popular.

I

Mientras el rey, aislado en la cumbre del poder constitucional, trataba de buscar su aplomo, ya por medio de negociaciones peligrosas con los extranjeros, ya probando todos los medios imaginables del soborno en lo interior del reino, otros hombres, á quienes no se distinguia entónces sino bajo la denominacion comun de patriotas, y que más tarde se dividieron en jacobinos y girondinos, empezaban ya á reunirse y á formar el núcleo de la opinion republicana. Estos hombres eran Petion, Robespierre, Brissot, Buzot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Carra, Louvet, Ducos, Fonfrede, Duperret, Sillery-Genlis, y otros varios cuyos nombres han quedado olvidados.

El hogar de una jóven, hija de un grabador del malecon de los Plateros, fué centro de la reunion de todas estas notabilidades revolucionarias. Allí fué donde se encontraron la Gironda y la Montaña, partidos á cual más respetables en la revolucion, allí donde se unieron para volver á dividirse, y allí finalmente en donde, despues de haber conquistado juntos el poder y haber derribado la monarquía, desgarraron con sus disensiones el seno de la patria y mataron la libertad al matarse ellos entre sí. No eran ni la ambicion, ni los bienes de fortuna, ni la celebridad, los motivos que habian tenido estos corifeos de la libertad para preferir la casa de Mr. Roland á cualquier otra. La identidad de opinion era lo único que les habia impulsado hácia una mujer que no tenia entónces ni lujo, ni crédito, ni un nombre conocido del público. Llevábales allí ese culto interior que los talentos privilegiados quieren tributar, tanto en público como en secreto, á una filosofía nueva que promete hacer la felicidad de los hombres; iban, por fin, á aquel sitio movidos por la atraccion invisible de una misma fe, y por la necesidad que tenían de unir sus almas ántes de asociarse unos á otros para empezar á obrar. Hasta tanto que los pensamientos comunes entre hombres políticos han hallado un centro en donde fecundarse y organizarse por un mutuo contacto, nada puede realizarse. Las revoluciones no son sino unas ideas; la comunidad de éstas es la que forma los partidos.

El alma pura de una mujer ardientemente apasionada por las nuevas ideas era el centro adonde debian converger todos los rayos de la nueva verdad, para avivarse allí al abrigo de su corazón y para encender la hoguera en donde habian de

perecer todas las antiguas instituciones políticas. Los hombres poseen el genio de la verdad; sólo las mujeres obtienen el sentimiento apasionado de ella. Se necesita que haya un cierto fondo de amor en todas las creaciones, pues parece que la verdad tiene dos sexos como la naturaleza. En el origen de todas las cosas notables se halla siempre una mujer; preciso era, pues, que la revolución tuviese también la suya. La filosofía encontró lo que buscaba con tener en su partido á madama Roland.

El historiador, arrastrado por el movimiento de los sucesos que va describiendo, debe, sin embargo, detenerse ante esta severa é interesante figura, así como los transeúntes se detuvieron á contemplar sus sublimes facciones y su vestido blanco sobre la fatal carreta que conducía al suplicio á millares de víctimas. Para comprender á esta mujer es preciso seguirla desde el taller de su padre hasta el cadalso. La mujer es la que más contribuye á depositar el germen de la virtud en nuestros corazones; en la vida privada es en donde existe casi siempre el secreto de la vida pública.

II

Madama Roland, que á la sazón era jóven, bella y de un talento brillante, había nacido en esa clase en que las familias apenas emancipadas del trabajo corporal son una especie de seres anfibios, medio proletarios, medio acomodados, que conservando aún en sus costumbres las virtudes y la sencillez del pueblo, empiezan ya á participar por otro lado de las luces de la sociedad. Cuando caen las aristocracias, las naciones se regeneran. Allí está la savia que anima á los pueblos. Allí era donde había nacido Juan Jacobo Rousseau, tipo viril de madama Roland. Habíase casado ésta algunos años ántes con un hombre de costumbres austeras, y ya tenía un hijo en la época de que vamos tratando. Aún se conserva un retrato de cuando madama Roland era niña, en el cual está con un libro en una mano y un buril en la otra. Este retrato es la definición simbólica de la condición social en que había nacido aquella señora, es decir, el punto intermedio entre el trabajo material y el del pensamiento.

Su padre, Graciano Filipon, era grabador y pintor en esmaltes. A estos dos oficios unía la profesión de comerciante en joyería. Este hombre aspiraba á salir de la modesta esfera en que la suerte le había colocado, y queriendo hacer siempre más de lo que le permitían sus fuerzas, era una especie de aventurero industrial, que arruinaba á cada paso su mediana fortuna por quererla extender más de lo que era razonable, hasta ponerla á la altura de sus sueños de ambición. Adoraba este hombre á su hija, y la destinaba en su imaginación á una posición de las más ventajosas, para lo cual le hacía dar una educación tan esmerada como la de las más grandes señoras; educación que por otra parte estaba en proporción con los dones de que la había dotado la naturaleza con mano pródiga. Nadie ignora las privaciones y los disgustos que suelen proporcionar á las familias los hombres que tienen un genio parecido al del padre de madama Roland.

Iba creciendo la jóven en aquella atmósfera de lujo aparente y de penuria efectiva. Dotada de un juicio prematuro, conocía aquel desarreglo, y se refugiaba en el buen sentido de su madre contra las ilusiones de su padre y contra los presentimientos del porvenir.



MADAMA ROLAND.

Su madre, Margarita Bimont, era también muy hermosa, y su alma muy superior á la clase en que la había tocado nacer. Una virtud angelical y la resignación que á ella es consiguiente la libertaban á la vez de la ambición y de la desesperación. Madre de siete niños, de los cuales ninguno había nacido vivo, todo su amor le había reconcentrado en aquella hija, única que se había libertado de la fatal suerte de sus hermanos. El amor de esta mujer hacía su hija era muy racional, porque manteniendo en un justo equilibrio su corazón y su inteligencia, su imaginación y su razón, la educaba como debían hacerlo todas las madres. Parecía que preveía de antemano el destino de aquella niña, porque en todo cuanto le enseñaba había cierta parte de aquella fortaleza que hace los héroes y los mártires. La naturaleza se prestaba admirablemente á ello. Esta había dotado á la niña de un entendimiento mayor que su hermosura. La belleza de sus primeros años, descrita por ella misma en sus memorias, estaba muy lejos de haber adquirido aún el carácter de energía, de melancolía y de majestad que le dieron más tarde un amor contenido, unos pensamientos varoniles y un cúmulo de desgracias.

Su estatura era regular, y su actitud modesta y decente; sus cabellos negros, y sus ojos de un azul un poco pardo, con una mirada tan viva como su alma y que pasaba con rapidez de la ternura á la energía; su boca era un poco grande, sus dientes de un esmalte brillante, su barba redonda; dando todas estas cosas á su cara ovalada aquella gracia voluptuosa y femenil, sin la cual ni aún la mayor belleza puede producir el amor. Su voz era sonora, salida del pecho, y se modulaba profundamente siguiendo los movimientos del corazón; dón precioso, porque el sonido de la voz, que es en la mujer la comunicación de sus emociones, es en el orador el vehículo de la persuasión. Bajo estos dos aspectos la naturaleza debía haberla concedido el encanto de la voz, y así lo había hecho. Tal era esta jóven á la edad de diez y ocho años, época en que aún se hallaba en la oscuridad, en la cual permaneció aún largo tiempo, como para preparar su alma al martirio y para que adquiriese más fortaleza y más generosidad.

Su entendimiento brillaba con un resplandor precoz, muy parecido á la inspiración. Esta mujer aspiraba, por decirlo así, á los conocimientos más difíciles, y lo que se enseña en su edad y á las de su sexo no era suficiente para ella. La educación varonil de los hombres tenía un gran atractivo y era como una especie de juego para aquella mujer, cuyo carácter era de hombre. Su espíritu necesitaba jugar con los instrumentos del pensamiento, como por vía de ejercicio. Religión, historia, filosofía, música, pintura, baile, ciencias exactas, química, lenguas extranjeras y sábias, todo lo aprendía, sin poder saciar su deseo de aprender más. Esta mujer iba formando su pensamiento con todas las luces que la oscura condición de su padre permitía penetrar hasta su taller. Escondía furtivamente los libros que los aprendices llevaban, y que se dejaban olvidados expresamente allí para que ella los leyese. Así llegaron á sus manos las obras de Voltaire, de Rousseau y de los filósofos ingleses. Sin embargo, su lectura favorita era el Plutarco.

«Jamás olvidaré—dice—la cuaresma de 1783, en cuya época llevaba todos los días este libro á la iglesia como si fuese un devocionario. Desde aquel momento datan las impresiones y las ideas que me hicieron republicana, sin que yo soñase siquiera entónces en el porvenir.» Después de Plutarco, Fenelon fué quien halló más simpatías en aquel corazón, y después de éste, el Tasso y los demás poetas.

El heroísmo, la virtud y el amor debían derramarse de estos tres vasos reunidos en el alma de una mujer destinada á la triple palpación de las grandes impresiones producidas por aquellas obras.

En medio del fuego de su alma, permanecía fría su razón y sin mancha su pureza. Apenas confiesa en sus escritos alguna que otra ligera emoción del corazón y de los sentidos. «Cuando leía ciertos libros—dice—detrás del biombo que tapaba la puerta de mi cuarto, en la misma sala donde vivía mi padre, mi respiración era fuerte, y sentía un ardor repentino que me subía á la cara, conociendo que si hubiese hablado en aquel momento, mi voz alterada hubiese descubierto mi agitación. En aquellos momentos era yo Eucaris para Telémaco, y Herminia para Tancredo; pero aunque enteramente transformada en ellas, no pensaba en ser nada yo misma con respecto á nadie. Nada buscaba yo á mi alrededor que se pareciese á lo que aquellas amaban, y cuanto en mí pasaba, no era más que un sueño que no dejaba en mí al despertar ninguna impresión de lo que tanto me había preocupado. Acuérdomeme, sin embargo, de haber experimentado cierta conmoción á la vista de un pintor jóven llamado Taboral, que venía con frecuencia á mi casa. Tenía éste veinte años, su voz era muy sonora, su figura interesante, y siempre que yo le hablaba se ponía encarnado como si fuese una niña. Cuando le oía hablar en el taller de mi padre, siempre se me ofrecía entrar allí á buscar un lápiz ó cualquier cosa; pero como su presencia me embarazaba tanto como agradable me era, volvía á salirme más de prisa aún de lo que había entrado, si bien latiendo mi corazón con tanta violencia y apoderándose de mí un temblor tan extraordinario, que me veía precisada á retirarme á mi cuarto para ocultar mi conmoción.»

III

Aunque su madre era una persona muy piadosa, no había prohibido á su hija la lectura de aquellas obras. Esta mujer, llena de buen sentido y de tolerancia, quería inspirarle la religión y no mandársela, y por esto la entregaba con confianza á su razón, y no quería ni comprimir ni hacer que se agotase la savia que debía fructificar en adelante en aquel corazón. Una religión servil y no voluntaria le parecía una degradación y una esclavitud que Dios no podía aceptar como un tributo digno de él. El alma pensativa de su hija se inclinaba naturalmente hacía aquellos grandes objetos de felicidad y de desdicha eterna, y se engolfaba más profundamente que cualquiera otra en el insondable piélago de lo infinito. El sentimiento empezó á abrirse en ella por el amor á Dios. El sublime delirio de sus contemplaciones piadosas embelleció los primeros años de su adolescencia, resignó los siguientes á la filosofía, y parecía que debía reservarla para siempre de las borrascas de las pasiones. Su devoción fué ardiente y le hizo aspirar al claustro y soñar en el martirio. Entrada en un convento, se tuvo por dichosa allí un cuanto tiempo entregando su pensamiento al misticismo y su corazón á esas primeras amistades de la vida cuyo recuerdo no se borra jamás. La regularidad monótona de aquella vida iba adormeciendo dulce é insensiblemente la actividad de sus meditaciones. En las horas de recreo, en vez de ir á jugar con sus compañeras, se retiraba bajo alguno de los árboles del jardín, para leer y dar rienda suelta á su imaginación con entera libertad. Apasionada y sensible como Rousseau por la belleza de los